
El Neorrealismo en la reflexión teórica contemporánea: una reseña crítica

David J. Sarquís

I

En su afán por comprender y, en la medida de lo posible, influir en el devenir de los acontecimientos, los teóricos de las relaciones internacionales generan propuestas respecto de la forma como suponen que opera la dinámica de la realidad internacional.

Prácticamente desde la época del surgimiento de nuestra disciplina en el mundo de la academia después de la Primera Guerra Mundial, hacia fines de la segunda década del presente siglo, los modelos explicativos mejor conocidos, o por lo menos los más publicitados, que se refieren a la interacción de colectividades humanas entre sí, han sido predominantemente los modelos generados por las escuelas anglo-sajonas. Lo anterior no debe sorprendernos; no necesariamente se explica en función de una mayor sagacidad de estas escuelas para percibir y escudriñar esta realidad en sus más recónditas facetas, tanto como por la posición hegemónica de la que han disfrutado sus países de origen, lo cual —entre otras cosas— se traduce en una mayor disponibilidad de recursos para la investigación, e incluso para generar, a través de sus ac-

ciones, los acontecimientos que luego observamos en la realidad. En este sentido, más que “explicar” dicha realidad, muchas de las nociones generadas a partir de esos esfuerzos teóricos han tenido la misión de “justificar” cierto estado de cosas.¹

El caso del realismo político es particularmente ilustrativo a este respecto. Si bien es cierto que hurgando en los expedientes más antiguos del registro histórico podemos hallar elementos conducentes hacia una formulación teórica del realismo en la esfera de las cuestiones internacionales, su versión contemporánea más acabada está íntimamente vinculada al nombre de Hans Morgenthau, quien en su publicación *Politics Among Nations*, de 1948, deja asentadas las bases o lineamientos teóricos que, fundados en sus célebres *seis principios*, han seguido todos los realistas posteriores hasta la fecha.

Desde el punto de vista de la elaboración teórica; es decir, como esfuerzo conceptual, el realismo político es una construcción de sorprendente sencillez. En el esquema mental de los realistas, el poder constituye el elemento más importante de toda actividad política; no obstante, la falta de una definición rigurosa de su concepto clave (el cual en algunas ocasiones se nos presenta como un medio para el logro de objetivos mayores y en otras como un fin en sí mismo) permite un manejo ambiguo, que si bien facilita la crítica racional del modelo, por otra parte lo reviste de una capacidad asombrosa de adaptación que, sobre la base de la misma noción fundamental, se acopla a nuevas circunstancias sin tener que llevar a cabo un gran esfuerzo. Esta última propiedad ha hecho del realismo un modelo de explicación teórica bastante atractivo para los que gustan de hablar de “política” sin necesidad de pensar muy a fondo en lo que dicen.

En un interesante artículo sobre la proyección práctica del realismo (que según sus más destacados exponentes se manifiesta como una incesante lucha por el poder), como una constante de la política exterior norteamericana a lo largo de toda la historia de ese país, Pedro González Olvera nos documenta fehacientemente el hecho de que mucho antes de convertirse en una formulación

¹ Cfr. Steve Smith, “Paradigm Dominance in International Relations: The Development of International Relations as a Social Science”, y Ekkehart Krippendorff, “The Dominance of American Approaches in International Relations”, en *The Study of International Relations: The State of the Art*, Editado por Hugh Dyer y Leon Mangasarian, St. Martin Press, 1989.

teórica de mayor o menor grado de complejidad, el realismo político (entendido desde la perspectiva de la construcción teórica como un cúmulo de convicciones y motivaciones condicionantes de la conducta de los grupos humanos, o incluso de los propios individuos, en los procesos de su interacción mutua) ha estado presente como paradigma de la praxis política norteamericana en el plano internacional virtualmente desde la época del nacimiento de este Estado a la vida independiente (hacia finales del siglo XVIII) y con mucha mayor claridad a partir del momento en que inicia una participación activa en los asuntos de la comunidad de naciones europeas, de las cuales supuestamente mantuvo un relativo alejamiento por espacio de poco más de un siglo.²

Esta observación resulta de particular relevancia porque a partir de ella es más fácil argumentar que más que una mera justificación teórica en la búsqueda de la hegemonía internacional, el realismo político ha sido, en verdad, una de las fuerzas determinantes del curso visible de la historia, y desde este punto de vista, sus teóricos no han hecho ninguna otra cosa que proyectar hacia el plano del discernimiento una percepción "objetiva" de la realidad. En otras palabras, los realistas, como observadores preclaros de la realidad, han tenido la visión suficiente como para captar la esencia verdadera de su objeto de estudio.

De hecho, el caso en favor del realismo político como concepción teórica parecería cobrar mucha mayor fuerza si en vez de limitar el análisis a la historia reciente del surgimiento y el desempeño de los Estados Unidos como potencia mundial, lo trasladamos hacia el plano de la historia universal e intentamos contemplar, desde una óptica "realista", la evolución misma de la humanidad. De este modo no nos resultará sorprendente constatar que, a los ojos de los realistas contemporáneos, prácticamente en todas las grandes obras de reseña histórica, desde Tucídides hasta Toynbee (e incluso entre las referencias menores) se hayan podido encontrar elementos para la formulación teórica de su doctrina política. Los mismos clásicos de la ciencia política moderna, desde las épocas de Maquiavelo y Hobbes o incluso los más antiguos como el hindú Kautilya, ¿qué otra

² Pedro González Olvera, "El Realismo Político: una Constante en la Política Exterior Norteamericana", *Revista de Estudios Políticos*, México, UNAM, Nueva Época, vol. 7, oct-dic. 1988, pp. 23-27.

cosa han hecho sino plasmar en sus lucubraciones esa práctica observada en términos de un incesante juego de poder a lo largo de toda la historia?

Max Weber sintetizó magistralmente los puntos de partida para la construcción teórica del realismo al señalar que

lo común a todas las formaciones políticas es el empleo de la fuerza, lo que las diferencia es el modo y el grado en que usan o amenazan con usar dicha fuerza contra las demás organizaciones políticas. Esas diferencias determinan, a su vez, la conformación y el destino específico de las comunidades políticas.³

Planteada en esos términos, la base teórica del realismo político parece adquirir las dimensiones propias de una fortaleza inexpugnable y casi cualquier objeción que se le haga como paradigma explicativo de la realidad internacional (e incluso de la propia realidad nacional) parecería condenada al fracaso, sencillamente por carecer de sentido. Los apologistas del realismo político insistirán en que se le puede acusar de ser una mera justificación ideológica, o de cualquier otro cargo que las mentes de los inconformes o de los resentidos puedan idear, pero difícilmente se va a poder negar la presencia del factor “lucha de poder” en el surgimiento y ocaso de las grandes potencias en el plano de la interacción entre las colectividades humanas.

A pesar de los planteamientos que han formulado una enorme cantidad de críticos respecto del simplismo de los realistas (y quizá en gran medida por ello mismo, por simplista), la visión que ofrecen los realistas para interpretar la realidad sigue teniendo un atractivo aparentemente irresistible porque, como hemos dicho, procurando dejar intacto el trasfondo de la “lucha de poder” como principio rector de las relaciones políticas en general y las internacionales en lo particular, sus adeptos han procurado adaptarle todas las otras variables que sus críticos les han ido señalando como insuficiencias. La gran ventaja de este modelo teórico, según señalan sus seguidores, es su enorme capacidad para adaptarse a los cambios de los tiempos. Podríamos de alguna manera pensar que los teóricos realistas, como los camaleones, parecen contentos de seguir siendo lo mismo,

³ Max Weber, *Estructuras de poder*, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1987, p. 9.

aparentando haber cambiado, lo cual supuestamente los conduce rumbo hacia la superación gnoseológica. A la luz de estas consideraciones podemos tratar de analizar el desarrollo del *neorrealismo*, que ha tenido un efímero predominio teórico en el ámbito de las relaciones internacionales durante la segunda mitad de la década de los ochenta.

Precisamente a partir del planteamiento de la superioridad teórica del realismo, gracias a su habilidad para adaptarse al cambio, R. Gilpin justifica el surgimiento del neorrealismo en *The Richness of the Tradition of Political Realism*.⁴ Para este autor, el realismo político como paradigma teórico constituye un cúmulo de convicciones básicas y de tendencias naturales, a partir de las cuales puede explicarse a plenitud el devenir histórico del sistema internacional, virtualmente desde su gestación hasta el momento actual.

Gilpin nos asegura que todos los escritores realistas comparten, por lo menos, tres supuestos básicos en torno a la naturaleza de las cuestiones políticas: el primero se refiere al carácter esencialmente conflictivo de las relaciones internacionales, el segundo es que la esencia de la realidad social está constituida por colectividades (y no por sujetos individuales) y el tercero es que las nociones de seguridad y poder tienen predominio como motivadores de la conducta social.⁵ Equipado con ese "rico" bagaje teórico, Gilpin siente que todos los realistas están en posición de explicar cualquier acontecimiento observable en la realidad. No importa, para Gilpin y para todos aquellos que comparten sus puntos de vista, ya desde fines de la década de los sesenta se ha señalado contundentemente que:

Quando definido en estos términos, se hace del poder el fin único o supremo de los individuos, de los partidos o de los Estados, no estamos en presencia de una teoría en el sentido científico, sino de una filosofía o de una ideología. En todo caso no es una propuesta que se preste a la refutación y que por lo tanto pudiese ser considerada al igual que una hipótesis científica.⁶

⁴ Robert Gilpin, "The Richness of the Tradition of Political Realism", *International Organization*, núm. 38, 2 Spring, 1984, pp. 287-304.

⁵ *Ibidem*, p. 290.

⁶ Raymond Aron, "Qu'est-ce qu'une Théorie des Relations Internationales", *Revue Française de Science Politique*, vol. XVII, núm. 5, octubre, 1967, p. 843.

Gracias a la maravillosa simplificación que hace Gilpin del análisis político, casi podría afirmarse que los problemas relativos a la teorización en el campo de la política han quedado resueltos de una vez por todas y para siempre... o por lo menos así quisieran hacernos creer los representantes de la tradición realista en el pensamiento político. Desde luego que ellos mismos nos lo señalan; aún falta levantar la construcción propiamente dicha. Todavía hay que analizar caso por caso las variables que tornan específica a cada situación histórica (lo cual, de hecho, convierte a la ciencia política en una tarea interminable que se diluye en los anales de la historia); sin embargo, el cimiento sobre el cual habrá de erigirse dicha construcción ya está puesto. Y si bien es cierto que entre los propios realistas habremos de encontrar algunas discrepancias respecto al peso específico que deberá asignarse a las diversas variables en juego, son pocos (los realistas) que ponen en duda la veracidad de estos tres juicios básicos a los que la ciencia política norteamericana prácticamente ha endosado con valor axiomático.

Aparte de su valor tautológico, la afirmación de que la realidad social está constituida por colectividades y no por individuos no añade nada nuevo a la visión del hombre como *zoon politikon* que nos aportara el buen Aristóteles. Pero en ese sentido, lo mismo puede servir como premisa para sustentar la tesis de una naturaleza implícitamente conflictiva de las relaciones humanas, como para derivar de ella misma una tesis sobre una necesidad inherente de armonía en el esfuerzo colectivo por la supervivencia. En otras palabras, tanto Hobbes como Rousseau pueden nutrirse de la vieja premisa aristotélica.

De esta manera, puede pensarse que la alternativa ante una situación de conflicto sería una actitud de cooperación, lo cual metería ya de entrada en tela de juicio a los supuestos realistas, y si bien es cierto que el registro histórico de la humanidad resalta primordialmente las instancias de guerra entre las colectividades, basta con reflexionar que en ausencia total de cualquier esfuerzo de cooperación difícilmente habría logrado sobrevivir la especie hasta nuestros días. Esto nos permite destacar la parte del equilibrio o de su búsqueda en la relación entre las naciones y dudar por lo menos de que lo único que éstas buscan al interactuar es perjudicarse mutuamente. Quizá porque la paz no es noticia, el registro histórico se ha mostrado por lo menos renuente a reseñar con el mismo énfasis

que las catástrofes de la guerra, los logros de la paz en el devenir de la humanidad. En un contexto de esta naturaleza, esa visión restringida de un ser humano egoísta y miope que tanto a nivel individual como de los grupos que forma sólo es capaz de pensar en sí mismo y en sus propios mezquinos intereses (si bien no podemos decir que esté del todo equivocada), sí por lo menos podríamos argumentar que carece de valor explicativo suficiente como para dar cuenta de la impresionante epopeya humana en su más amplia dimensión.

Aún así, esta concepción del hombre parece ser una de las constantes más persistentes de la teoría socio-política. Es lo que Morgenthau llama la "visión hobbesiana" de la naturaleza humana, según la cual el hombre es una especie de depravado y maloso debido a su propia condición del hombre, es decir, "por naturaleza"; en ese sentido, ninguna interpretación teórica sobre su conducta y ninguna reflexión sobre la manera de mejorar su destino podrá lograr cambios sustanciales; lo más que puede aspirar el esfuerzo crítico de abstracción que puede realizar la conciencia, es a procurar el menor de los males.⁷

Pero ni siquiera esta perspectiva moralista en la que suelen escudarse los realistas ha quedado a salvo de la crítica. M. Gurtov la denuncia en estos términos:

Una de las características de la política realista son las doctrinas santurrones acerca de la [guerra justa]. Y es aquí donde radica uno de los mayores defectos del realismo. Porque si todos los estados viven según la Ley de hierro de que el poder constituye el derecho y que el éxito es el único arbitro de la acción, entonces la política internacional no es más que una jungla gobernada por la supervivencia del más fuertemente armado: una profecía que se cumple a sí misma. Así, el realismo contribuye a perpetuar un mundo desordenado que se justifica a sí mismo, del mismo modo que un doctor que medica a su paciente para asegurarse sus visitas futuras.⁸

⁷ Hans Morgenthau, *La política entre las naciones*, Buenos Aires, Argentina, Grupo Editor Latinoamericano, Col. Estudios Internacionales, 1986, p. 11.

⁸ Mel Gurtov, *Política humanista global*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 1990, p. 31.

A pesar de las críticas y las réplicas que desde siempre se han formulado en su contra, el realismo subsiste en el ámbito de la reflexión teórica sobre cuestiones políticas, y como el medio internacional es el que más se caracteriza por la ausencia de un ordenamiento político institucionalmente garantizado, pues entonces ha permitido un desenvolvimiento mucho más cómodo a los teóricos que los representan. Sin embargo, con el propósito de atenuar la censura de sus adversarios, los realistas han revestido los viejos principios morgenthonianos para salvar su paradigma básico: que toda acción política es, por definición, un juego de poder.

II

Es la coyuntura internacional de fines de los setenta, caracterizada tanto por una crisis global del capitalismo como por el debilitamiento del liderazgo norteamericano propiciado por la "falta de firmeza" del presidente Carter, la que permite el surgimiento de un realismo renovado que pretende marcar las pautas a seguir para revertir esa situación.

Quizá resulte conveniente aclarar desde ahora mismo que, efectivamente, hoy por hoy no existe una sola escuela de neorealistas propiamente dicha. Tampoco existen autores explícitamente declarados como neorealistas y, en ese sentido, defensores de una ortodoxia purista. Sí existen, en cambio, una serie de autores (predominante, pero no exclusivamente norteamericanos) que han intentado analizar la política internacional contemporánea partiendo de la visión sugerida por Morgenthau (retomando a Hobbes) respecto de la naturaleza del hombre e implícitamente aceptando sus seis principios fundamentales sobre el realismo político. Destacan entre este grupo de autores personas como: K. Waltz, R. Gilpin, E. Keohane, S. Krasner, R. Nye y algunos otros a quienes, en conjunto, no siempre resulta del todo fácil contemplar como un todo homogéneo y consistente. Sin embargo, a pesar de las diferencias que los separan, las semejanzas que los vinculan son suficientemente sólidas como para abordarlos desde una perspectiva de conjunto.

Dice Richard Ashley que, en realidad, el abigarrado conjunto de

premisas y supuestos que vinculan a los neorrealistas no es más que una mezcla confusa de principios y de paradigmas procedentes de las más diversas corrientes de pensamiento y que han sido acomodados engañosamente para presentarse de la manera más atractiva posible y al mismo tiempo poder ocultar sus deficiencias.⁹ A continuación vamos a reseñar y comentar los argumentos que sirven de base a Ashley para lanzar tales acusaciones.

Todo parece indicar que uno de los rasgos comunes más importantes que comparte el grupo de autores considerados como neorrealistas es su convicción respecto del haber rescatado los elementos más valiosos de la concepción fundamental de Hans Morgenthau, y de haberlos enriquecido con el producto de la reflexión crítica que originaron las cuatro décadas transcurridas desde la publicación original de *Politics Among Nations*. A efecto de poder comprender mejor los añadidos formulados a partir de esa "reflexión crítica" resulta conveniente recordar brevemente los postulados básicos de la doctrina de Morgenthau tal y como los planteara originalmente el propio autor.

Luego de aceptar explícitamente que debido a su misma naturaleza interna el hombre es una criatura mala y perversa a la que históricamente se ha tenido que venir controlando a través del proceso de socialización, Morgenthau señala que la teoría sólo puede aspirar a procurar el menor mal posible. Para ello nos propone la adopción de seis principios básicos o supuestos fundamentales para el análisis. Dichos principios son los siguientes:

1. El análisis teórico debe ser *objetivo*. Esto significa que debe estar orientado hacia la búsqueda de leyes basadas en la *naturaleza humana*. Debe aprender a distinguir entre la verdad (el conocimiento) y la opinión como mera interpretación subjetiva de los hechos. Añade el autor que toda construcción teórica debe ser probada por la razón y contrastada por la experiencia, y enfatiza que para el realismo, el trabajo teórico consiste en una indagación de hecho para poder darles significado por medio de la razón. De hecho, nos dice, es la contrastación de hipótesis racionales ante la propia realidad y

⁹ Richard Ashley K., "The Poverty of Neorealism", *International Organization*, núm. 38, 2 Spring, 1984, pp. 225-286.

sus manifestaciones lo que dota de significado a los hechos y hace posible la teoría.

2. La guía principal que orienta al análisis de un realista político en su recorrido por el escenario de la política internacional es el concepto de *interés* definido en términos de *poder*. En este sentido, el interés no debe ser confundido con la motivación ni con las ideologías. Es más bien una especie de sentimiento interno (que aparentemente forma parte de la naturaleza humana) y que de alguna manera orienta a los individuos a protegerse a sí mismos y a lo que consideran como suyo. Es al mismo tiempo la condicionante de mayor relevancia para entender toda la gama de relaciones sociales (políticas, económicas, éticas, jurídicas, religiosas, etcétera), que los hombres establecen entre sí. Añade Morgenthau que la realidad debe ser comprendida y evaluada como una aproximación hacia un sistema ideal de equilibrio de poder.

3. Tanto el interés como el poder deben manejarse como conceptos flexibles que nos permiten dar esencia a un periodo histórico determinado. En un intento por precisar el alcance de dichos conceptos, lo más que nos dice el autor es que el poder puede incluir cualquier cosa que permita establecer y mantener el control del hombre sobre sus congéneres, mientras que el interés sería una especie de fuerza interior que impulsa nuestras acciones. Más aún, destaca Morgenthau, el equilibrio del poder, que es un elemento perenne de todas las sociedades pluralísticas puede operar bajo condiciones de estabilidad relativa y de “conflicto apacible” (*sic*), como de hecho ocurre hacia el interior de algunos estados. Si este tipo de condiciones lograran duplicarse a nivel internacional, es probable que la vida de la sociedad internacional pudiese alcanzar los mismos niveles de equilibrio que esas sociedades estatales “civilizadas”. Esto sería posible gracias al hecho de que aunque interés y poder son elementos constantes de la vida social, los modos específicos de organización socio-política que establecen los hombres no lo son, de tal suerte que el propio Estado-nación podrá ser trascendido en cuanto los hombres aprendan a manejarse con un mejor conocimiento de las leyes objetivas de nuestra naturaleza.

4. La acción política siempre tiene significado moral, y en este sentido la prudencia es la virtud suprema del hombre. Desde luego, nos aclara Morgenthau, no debemos confundir a la ética con la ética

política; esta última es reconocible por sus consecuencias políticas, en tanto que la primera está vinculada con las leyes morales que rigen la vida del hombre.

5. Las aspiraciones morales de una nación tampoco deben ser confundidas con las leyes morales del Universo. De hecho, nos dice el autor, existe todo un mundo de diferencia entre la creencia de que todas las naciones están sujetas al juicio divino, el cual resulta inescrutable para la mente humana y la blasfema convicción de que Dios se encuentra de nuestro lado en cualquier conflicto.

6. El realismo político afirma y sostiene la autonomía de la esfera política como campo de estudio de la multifacética realidad que los hombres crean merced a su interacción social. Ciertamente, reconoce Morgenthau, que al analizar cualquier problema todas las esferas de acción humana deben ser consideradas (la económica, la religiosa, la jurídica, la política, etcétera), no obstante, la teoría —añade el autor— debe hacerlo desde la perspectiva de cada una de las disciplinas que se abocan a las distintas facetas que integran el complejo humano.

Esta sucinta reseña de los postulados realistas¹⁰ nos servirá ahora como puente para retomar los aspectos adicionales formulados por los neorrealistas en su intento por remodelar la construcción teórica del realismo político, en gran medida con el propósito de responder a los numerosos críticos que Morgenthau ha tenido durante toda la segunda mitad del presente siglo, así como para enfrentar la crisis de autoridad mundial que Reagan viene a rescatar al inicio de los ochenta.

Como ya hemos señalado, es Richard Ashley quien nos señala la pauta para abordar este cometido. Según nos explica este autor,¹¹ los neorrealistas, trabajando sobre la base de un “cúmulo de errores”, han formulado una construcción teórica cerrada que se retroalimenta a sí misma a partir de una mezcla de *estatismo*, *utilitarismo*, *positivismo* y *estructuralismo*. Según Ashley, este estructuralismo neorrealista nos asegura haber superado a sus predecesores al ofrecer una explicación “verdaderamente científica” de su objeto de estudio; una explicación teórica objetiva que rompe “radicalmente”

¹⁰ Hans Morgenthau, *op. cit.*, pp. 12-26.

¹¹ Richard Ashley, *op. cit.*, p. 227.

con los postulados supuestamente subjetivistas, atomistas, empiricistas y superficiales de quienes les antecedieron. También asegura (el neorrealismo) haber captado una totalidad estructural que condiciona, predispone y finalmente limita a la praxis política. Pero, dice Ashley, este neorrealismo que se autodetermina heredero del realismo tradicional y de la revolución científica, de hecho sólo ha venido a traicionar a ambos debido a que, por una parte, pretende reducir la práctica política o la lógica económica (minando así el concepto de la autonomía política tan altamente valorado por los auténticos realistas) y neutralizando, por otro lado, las facultades críticas de la ciencia al pretender convertirla en una mera empresa técnica.

La grotesca consecuencia de esta explosiva mezcla es un positivismo estructuralista que pretende presentarnos al orden establecido como equivalente del orden natural. Ashley nos confirma esta interpretación al señalar que con su innovador modelo, los neorrealistas no sólo están limitando más que ampliando el discurso político, pues niegan, o por lo menos minimizan, el significado de la variedad al paso del tiempo, además están subordinando todo el vasto panorama de la práctica al interés por establecer mecanismos de control. El resultado, más que una construcción teórica capaz de responder al imperativo de la razón, es una oscura ideología que anticipa, legítima y orienta hacia un proyecto homogeneizador de proporciones globales: la implantación de una estructura para el funcionamiento del sistema de mercado libre en todo el planeta; proyecto que, por otra parte, parece ir marchando viento en popa.

Puesto que en su calidad de construcción ideológica el neorrealismo (lo mismo que cualquier otra ideología) requiere de la santificación de un cúmulo básico de ideas y puntos de vista, sus adeptos se han preocupado por presentárnoslo como una redención progresiva y científica de la escolástica realista clásica personificada, aparte de Morgenthau, por Kissinger, Herz, Wright o Schwarsemberger. En este sentido, dice Ashley, el neorrealismo pretende servir a los mismos intereses que el realismo clásico, pero en el contexto de las nuevas y desafiantes circunstancias del mundo de la posguerra fría, supuestamente gracias a la ventaja de una noción más clara de las demandas de la ciencia objetiva y del potencial que ofrece el navegar con esta bandera.

Siempre atentos a los retos del análisis de la realidad, los realistas

renovados sostienen haber identificado algunas fallas de fondo en el esquema de sus ilustres antecesores. En primer término, reconocen que el aparato conceptual elaborado por el diseño realista original resulta deficiente y difícil de manejar por ser predominantemente subjetivo. De hecho, aunque explícitamente había proclamado el carácter de una búsqueda de leyes objetivas, el realismo tradicional nunca llegó a distinguir entre los aspectos subjetivos y los aspectos objetivos de la política internacional; en consecuencia, terminó por negar vida propia al sistema en calidad de "hecho social objetivo".

Por otro lado, reconocen también los neorealistas que la carencia de una tradición sólida en el terreno general de las ciencias sociales (economía, sociología, psicología, etcétera) entre los realistas tradicionales vino a convertirse en una limitación de carácter epistemológico entre aquéllos para reconocer el carácter integral de la realidad. Por último, reconocen también que el auto-limitarse al análisis de las relaciones político-militares, en las que la noción de "equilibrio del poder" efectivamente puede sostener el *status* de concepto central, los clásicos del realismo fueron "ingenuos" con respecto a los procesos y las relaciones de carácter económico.

Para Ashley, la aguda crisis económica mundial que se perfilaba desde fines de los setenta, pero cuyo impacto se resintió por todo el planeta a principios de los ochenta, vino a poner en evidencia, con mucho mayor claridad que en cualquier momento anterior, las limitaciones del realismo político como modelo explicativo y éste es otro de los factores esenciales que explican el surgimiento del neorealismo como "intento científico" por comprender la realidad internacional.

El principal objetivo del neorealismo sería la construcción de nuevos paradigmas teóricos que pusieran de manifiesto los principios esenciales de las estructuras sobre las que se mueve la dinámica internacional, es decir, las conexiones causales entre los medios y los fines de las relaciones internacionales que condicionan el surgimiento y declive del poder hegemónico. Para tal fin, tendrían que incorporar la lógica de los procesos económicos (misma que había sido virtualmente ignorada por los clásicos del pensamiento realista internacional) al esquema del "equilibrio del poder". Fue de este modo como llegaron al planteamiento de que el modo específico de organización político-económica en la sociedad es el

resultado de la concentración del poder político *mediante el control de los procesos económicos*. (Suspiro de los ex-marxistas).

De conformidad con esta manera de razonar, el poder propicia el orden; el orden a su vez permite la prosperidad económica que, en pago, fortalece al poder, el cual permite el mantenimiento del orden para lo cual requiere de más poder. Gracias a esta maravillosa vinculación poder-orden, orden-prosperidad, prosperidad-poder, los neorrealistas rescataron a los paradigmas de los clásicos y, supuestamente los enriquecieron al superar los esquemas reduccionistas que limitaban la concepción de “sistemas” a una mera interacción entre las partes, adoptando en su lugar una visión holística cuyos puntos de partida y llegada coinciden curiosamente en la noción de *poder*.

En función de lo anterior, los neorrealistas lograron trasladar, o por lo menos así lo creyeron ellos, los conceptos de poder e interés nacional al plano científicamente defendible de la necesidad objetiva y económicamente condicionada.

Otro aspecto que contribuye a explicar el aparente éxito, o por lo menos el auge que tuvieron los neorrealistas en su momento, es la vinculación que establecieron con el *estructuralismo*. De hecho, en este sentido, los neorrealistas literalmente abordaron el carro de un ganador con credenciales espectaculares gracias a los logros en disciplinas como la lingüística, la sociología, la antropología, la etnografía e incluso la tradicionalmente considerada especulativa filosofía.

El auge del estructuralismo se fundamenta en gran medida en sus propios elementos epistemológicos. Surgido contra el modelo cognoscitivo decimonónico de tipo fenomenológico, especulativo y evolucionista que aún prevalecía durante las primeras décadas de este siglo, el estructuralismo pretende identificar las relaciones objetivas que se generan bajo la apariencia que en primera instancia nos muestra la realidad en sus más diversas manifestaciones. Dichas relaciones tendrían su origen en una especie de subconsciente (más de tipo kantiano que freudiano) sobre la base del cual descansarían los imperativos estructurales que configuran la geografía lógica de la mente y que nos suministrarían el “hilo conductor” para la aprehensión de la realidad considerada ahora como un todo integral. Quizá podríamos añadir que para el estructuralismo, más que la praxis propiamente dicha o mejor dicho, más que el análisis específico de

cada fenómeno concreto, lo que interesa es el análisis de las condiciones que la hacen posible (a la praxis) y que a través del estudio de las *diferencias significativas* que logramos percibir nos vendrían finalmente a revelar la existencia de una estructura determinada, lo cual a su vez nos haría más fácil la comprensión de la praxis.¹²

De conformidad con sus planteamientos, para los estructuralistas la existencia de la estructura es anterior a la de la praxis y, en ese sentido, consideran que el todo tiene un predominio absoluto sobre las partes. Naturalmente que tiene uno que ser cuidadoso con una afirmación tan categórica cuyo riesgo más obvio sería el exceso de simplificación de una teoría tan rica. Si bien es cierto que la presencia de la estructura condiciona o limita el ejercicio de la praxis, no debemos olvidar, ya que los propios estructuralistas lo reconocen, que la estructura se forja al calor de la praxis; complejidades de la dialéctica.

A la hora de considerar el problema del transcurso del tiempo y del cambio, los estructuralistas separan por conveniencia analítica los ejes diacrónico (que se refiere a la evolución temporal o desarrollo en tiempo del fenómeno en cuestión) y sincrónico (que se refiere a las causas que posibilitan la existencia del fenómeno en cuestión) y enfatizan la dependencia del primero respecto del segundo. Su enfoque, además, nos sugiere que no todo se da a nivel de la superficie, pues de hecho, cada objeto de estudio que interesa a la mente del hombre tiene niveles más profundos, en consecuencia ningún análisis que busca el conocimiento verdadero puede reducirse a una mera concatenación de las apariencias siguiendo los dictados del sentido común. De hecho, el verdadero conocimiento, según este enfoque, sólo se logra al captar la unidad de fondo que genera las diferencias que nosotros percibimos a nivel de la superficie.

Ashley nos asegura que los neorrealistas han tratado de trasladar estas características del estructuralismo (no siempre con éxito) al campo de estudio de las relaciones internacionales y se han puesto a buscar "la estructura" total que hace posible nuestra praxis, independientemente del contexto en el que ésta se da. La dinámica referente al cambio sólo les interesa en la medida en que ilustra a los determinantes estructurales sobre los que realizan su análisis teórico.

¹² Cfr. Silvia Niccolini, *El análisis estructural*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Total núm. 44, 1977.

Si los neorrealistas sólo buscaran el predominio objetivo de la realidad, quizá declarándose abierta y exclusivamente estructuralistas habrían estado más cerca de su cometido de lo que jamás han llegado a estar. Sin embargo, el análisis de su obra nos sugiere que su compromiso preestablecido con el concepto de poder como categoría explicatoria de la dinámica internacional los aleja de esta posibilidad. De esta manera, en lugar de enmendar sus errores, los neorrealistas se han ocupado de confundirlos y aumentarlos. Ashley nos sugiere sobre el particular que, en este sentido, esta corriente de autores han integrado dentro de su cúmulo de supuestos otros tres enfoques que son: el *estadista*, el *utilitarista* y el *positivista* con todo lo cual han formado un sistema mecánico cerrado que más que explicar, inventa o justifica la realidad tal y como ellos la quieren ver.

¿En qué consiste ese *estatismo* neorrealista? Ashley nos explica que el neorrealismo continúa vinculado al esquema estado-céntrico que ve en el Estado-nación al actor fundamental del escenario internacional. En este sentido, los neorrealistas jamás han trascendido los límites del paradigma clásico o tradicional, ya que, para ellos, el Estado, en el proceso de interacción que establece con otros Estados, constituye la esencia misma de las relaciones internacionales, de donde, para comprender éstas, hay que abocarse al análisis mismo del Estado, cuya consubstancialidad sólo puede llegar a comprenderse, según los neorrealistas, en términos de interés nacional y de lucha por el poder.

El problema con este enfoque es que el analista se ve orillado a concebir al Estado como una entidad homogénea capaz de plantearse objetivos e intereses propios y de adoptar decisiones para la consecución de sus fines. Desde este punto de vista, el Estado se convierte fácilmente en una entidad meta-humana y tanto su existencia como sus fronteras, estructuras y demás elementos integrantes, lo mismo que sus legitimaciones y capacidades suelen, sencillamente, darse por hecho sin tomar debidamente en cuenta la posibilidad de sus divisiones o su falta de coherencia internas.

Sobre este particular, Ashley denuncia dos problemas fundamentales de los neorrealistas:

- a) Por principio de cuentas, dice, cualquier otra entidad o agrupación que no pueda ser presentada como un agregado

o derivado o apéndice de la comunidad estatal, queda virtualmente al margen del esquema teórico y,

- b) En consecuencia, bajo este tipo de enfoque, los neorrealistas, contrario al esquema estructuralista que otorga predominio a la concepción del todo por encima de las partes, postulan el predominio de las partes (los Estados) por encima del todo (la sociedad internacional), es decir, dan prioridad *ontológica* al Estado como actor del escenario internacional y quedan, con ello, atrapados en los confines gnoseológicos del paradigma clásico.

Para esta corriente de pensamiento, por lo tanto, resulta virtualmente imposible describir las estructuras internacionales y la dinámica de los procesos observables en este segmento de la realidad sin recurrir a un concepto como el de Estado-actor. Así pues, para estos autores, la estructura de la política internacional, lejos de ser, o de poder siquiera constituir un todo autónomo que se expresa a sí mismo mediante la constitución de sus partes actuantes, como podría verla un auténtico estructuralista, no viene a ser más que una de las propiedades resultantes de la unión voluntariosa de unidades con una existencia previa. Adicionalmente, dicho sea de paso, el enfoque estato-céntrico también ha sido un serio impedimento para el desarrollo de una disciplina autónoma dedicada a las cuestiones internacionales, toda vez que la esencia misma de la disciplina queda condicionada por la existencia de un objeto de estudio (el Estado-nación) sobre el cual concentra su esfuerzo cognoscitivo otra disciplina: la ciencia política. Es precisamente por ello que todavía a la fecha, en la mayoría de las universidades, por lo menos en las del mundo anglosajón, "relaciones internacionales" figura meramente como una rama de la ciencia política.

No es pues de extrañar que a principios de la década de los noventa, ante los procesos de integración o desintegración de grandes bloques regionales como actores del escenario internacional, el neorrealismo se haya quedado rezagado en la formulación de esquemas explicativos. De hecho, incluso parece poco probable que tenga algo coherente que decir acerca del futuro inmediato, aparte, claro está, de elogiar la "victoria final" del sistema de mercado.

Adicionalmente podemos señalar que, al tratar de aprovechar las

aportaciones del estructuralismo para así fortalecer su propia corriente de pensamiento, los neorrealistas parecen haber olvidado (o por lo menos mal interpretado) que un estudio político de corte estructuralista debe considerar por lo menos tres componentes analíticos o niveles de profundidad:

- El principio de organización interna del todo que estudiamos.
- El proceso de diferenciación significativa entre las partes integrantes, y
- La concentración o difusión de sus capacidades.

Retomando las ideas de Ruggie,¹³ Ashley nos hace notar que K. Waltz en particular, pero muchos otros neorrealistas junto con él, han hecho una interpretación equivocada, especialmente de la segunda de estas componentes, pues toman a la diferenciación como aquello que “divide o distingue” a las partes de un todo entre sí y no meramente como aquello que las “separa”. La distinción no es ociosa. El punto de vista genuinamente estructural permite de hecho preservar para el análisis el carácter totalizador y unitario del objeto de estudio, mientras que la interpretación neorrealista sólo lo imposibilita debido a que la “división” rompe la unidad natural del objeto de estudio.

Con base en estas consideraciones resulta bastante obvio el porqué los realistas contemporáneos, quienes consideran al escenario internacional como un mosaico de actores aislados e independientes que sólo coyunturalmente establecen puntos de contacto, no pueden ni entender ni manejar la idea del origen común que tiene esta colectividad de Estados en la comunidad heterónoma medieval cohesionada por los principios rectores del cristianismo. La conclusión es, pues, inevitable: el neorrealismo es efectivamente estatista antes que ser estructuralista.

Una de las enseñanzas más importantes que nos deja el argumento de Ruggie es que, más allá de ser el creador de la sociedad internacional contemporánea, el Estado soberano es al mismo tiempo la respuesta de una comunidad internacional homogénea que se

¹³ John Ruggie G., “Continuity and Transformation in The World Polity: Towards a Neorealist Synthesis”, *World Politics*, 35 (January, 1983). Citado por Ashley, *op. cit.*, p. 233.

desquebraja, es la unidad política resultante de un proceso de desintegración como el que vivió la Europa Occidental de fines del medioevo, y que bien podría compararse con el desquebrajamiento actual de la ex-Unión Soviética, en el cual las unidades políticas emergentes requieren —y propician— el espacio socio-económico para el florecimiento de la soberanía como concepto característico de identidad y libertad política internacional.

El siguiente compromiso que tienen los realistas modernos es con el *utilitarismo*, entendido más como una corriente de tipo sociológica que como una doctrina de corte moral al estilo del viejo utilitarismo inglés de finales del siglo XVIII, en el que evidentemente se ha inspirado. En este carácter de corriente sociológica, el utilitarismo que nutre a la doctrina neorrealista tiene entre sus máximos exponentes a Talcott Parsons, quien ha ejercido una gran influencia en la elaboración de conceptos sustantivos como el de *la acción, el orden social y el cambio institucional*, que tanta relevancia han tenido para muchas de las escuelas norteamericanas de mediados de este siglo.

En términos generales, este utilitarismo se caracteriza por su énfasis individualista (el sujeto singular está antes que el grupo) y sus premisas racionalistas, ambas variables convertidas ahora en elementos paradigmáticos del realismo renovado. Según el propio Parsons, “al sistema teórico de la acción, caracterizado por estas cuatro notas: atomismo, racionalidad, empirismo y carácter fortuito de los fines, se le llamará sistema utilitario de la teoría social”.¹⁴

Ese “atomismo”, o individualismo utilitario, como ya hemos dicho, estipula la primacía teórica de los actores individuales, por encima de las colectividades sociales. La entidad individual actuante se considera esencialmente privada (en cuanto a motivaciones y a responsabilidad). Existen antes que, e independientemente, de las instituciones sociales y son además los generadores autónomos de sus propios fines. La realidad social se entiende sólo como la suma de estas unidades, que habitan en un mundo caracterizado por la escasez; un mundo en el que no todas las metas pueden alcanzarse con igual facilidad, lo cual obliga, al mismo tiempo a la competencia y a la toma de decisiones. Por otra parte, la racionalidad se define

¹⁴ Talcot Parsons, *The Structure of Social Action*, New York, MacGraw-Hill, 1973. Citado por Ashley, *op. cit.*, p. 242.

en términos de la relación entre metas y medios, de donde sale el balance entre costo y beneficio. La acción “racional” es pues la acción eficiente al servicio de fines establecidos por sujetos individuales, cuyo valor o verdad pertenece a la esfera de lo privado y no puede ser explicado en términos colectivos. Así explica el utilitarismo, ahora ya identificado con claridad como un individualismo exacerbado, la acción, la interacción, el orden y el cambio, siempre como una consecución de intereses individuales, lo cual además constituye una verdad *objetiva* que es *condicionante de la historia*.

Lo anterior nos permite comprender con mayor facilidad el porqué para los utilitaristas modernos, el mercado se presenta como el modelo ideal para la acción y la interacción racional y objetiva que promueve el logro de las metas individuales en un contexto ordenado; un marco, además, para la interpretación de la vida político-económica de las colectividades (o agregados de individuos). Ahí, cada quien, haciendo uso óptimo de sus recursos *personales* y en busca de su beneficio *individual*, propicia la dinámica colectiva de la historia. Los neorrealistas trataron de enfocar a la sociedad internacional y presentarla desde un punto de vista utilitarista. Ahora bien, a esta visión utilitarista de la organización social se han opuesto varias objeciones, pero las más relevantes según Ashley podrían sintetizarse de la siguiente manera:

- a) La primera de las objeciones es de origen sociológico y surge a raíz del planteamiento hobbesiano en torno a la naturaleza humana y la necesidad de un contrato social, el planteamiento es el siguiente: a partir del estado de naturaleza esbozado por Hobbes, se podría “negociar” momentáneamente un “convenio” destinado al establecimiento del orden social, pero, bajo las premisas utilitaristas, a menos que fuera un modelo absolutamente estático, dicho convenio resultaría insostenible, siquiera a mediano plazo;
- b) La segunda de las objeciones es de origen económico y tal como la plantea Olson¹⁵ dice que un individualista racional no se compromete a largo plazo con nadie. Siempre será

¹⁵ Cfr. Mancur Olson, *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1965. Citado por Ashley, *op. cit.*, p. 236.

- un “agente libre” en cuanto tenga la oportunidad. En esas condiciones resultará imposible organizar un esquema ordenado para la producción en cualquier contexto;
- c) Finalmente, la tercera de las objeciones es la de origen histórico materialista y fue originalmente planteada por el propio Marx; según ésta, cualquier “contrato social” presupone relaciones de clase, y en consecuencia, lucha entre las clases, en la cual una de ellas, la dominante, impondrá finalmente las condiciones contractuales.

Los neorrealistas, según nos explica Ashley, han manipulado estas tres objeciones convirtiendo, por una parte, al dilema hobbesiano en el principio rector de la acción social y, por ende, el principio que define a la sociedad internacional, haciendo de esos “agentes libres” el motor mismo del sistema y dejando el principio de lucha de clases expuesto por Marx a nivel de las relaciones entre los propios Estados, pero negándola a nivel de las clases que los integran, pues de lo contrario el Estado perdería ese carácter homogéneo y unitario con el cual lo ha revestido todo el pensamiento de orientación realista.

Es por ello que esa visión tan nítida que los neorrealistas habían logrado forjar para aprovechar lo que ellos sentían de rescatable en los postulados utilitaristas, no se complementa fácilmente con los postulados estatistas que ven al Estado-nación como una entidad meta-humana (y no como un mero conglomerado de individuos) capaz de “actuar” por encima de los designios o deseos personales de los que lo integran. En este sentido vendría a caerse el esquema forjado hasta ahora, no obstante, incansablemente sagaces, estos pensadores han encontrado en el *positivismo* el puente que les permite zanjar la brecha entre su concepción del estructuralismo y su interpretación del utilitarismo.

El término “positivismo”, como muchos otros conceptos de las ciencias sociales se utiliza hoy en día con múltiples connotaciones, algunas de ellas siguiendo al enfoque histórico materialista, incluso peyorativas (academicismo reaccionario o “ciencia” burguesa). A efecto de poder realizar un análisis formal del término tenemos que considerar por lo menos dos de las connotaciones tradicionales: en la primera, el positivismo es intento de método científico transpolado desde el universo de las ciencias naturales para el estudio de los

acontecimientos sociales. En la segunda, se trata de un discurso con afán explicativo pero sin pretensiones escatológicas (es decir, que no pretende la búsqueda de las causas finales de los hechos que observa, pues considera que la verdad es una categoría externa al objeto de estudio).

Ashley nos explica que, en términos de formulación de explicaciones, los positivistas han pretendido responder a cuatro expectativas básicas:

1. Para ellos, el conocimiento científico tiene por objeto comprender una realidad que existe determinada por ciertas relaciones causales independientes del sujeto cognocente y que, además, se caracterizan por su armonía inferior.

2. Desde su óptica, la ciencia se ocupa de buscar el conocimiento que es técnicamente útil para mejorar la capacidad de predicción de los estudiosos.

3. Adicionalmente afirman y sostienen que la búsqueda auténtica de conocimiento debe estar exenta de valores, pues el fenómeno de la subjetividad humana no debe representar una barrera para analizar a la propia conducta social como un "objeto" de estudio semejante al resto de objetos de estudios que los investigadores identifican en el universo de la naturaleza, y

4. Por último, que la veracidad de los conceptos se determina por la vía del contraste con la práctica.

En su afán por responder íntegramente a estas cuatro expectativas, los positivistas se convirtieron en los creadores del modelo, metahistórico que profesa una fe ciega en la racionalización de todos los objetivos de la ciencia social. Esta ciencia social positiva, según anticipaba el propio Comte, vendría a poner un auténtico "fin a la ideología"; lo cual a su vez permitiría un progreso real en el ámbito del conocimiento sobre lo humano. Ilusión del pensamiento que acaba por atrapar a los positivistas en su propia ideología mitificadora de la ciencia como empresa supuestamente "objetiva".

Ashley nos recuerda además que ya Max Weber se había planteado el problema en los siguientes términos: "¿cómo podríamos aspirar a una ciencia social de corte naturalista (es decir, inspirada por los modelos y los instrumentos de trabajo de la ciencia natural),

que fuese capaz de producir conocimiento “objetivo”, así como de calcular y predecir el devenir de lo social, si consideramos que la acción humana tiene, por definición, un carácter subjetivo?”¹⁶

Dice Ashley que ya autores como Roscher y Knies,¹⁷ de la escuela histórica alemana habían concluido que debido al carácter subjetivo de la conducta humana, la fenomenología social no resulta ni calculable, ni predecible, en los mismos términos que los acontecimientos del mundo natural. En este sentido, dicen, la acción humana contiene una variable de “irracionalidad” que no se puede penetrar tan fácilmente con el instrumental científico tradicional. Así pues, “subjetividad” e “irracionalidad” planteaban ya un obstáculo prácticamente insuperable para la reconciliación del naturalismo con el método sociológico e histórico.

Cualquier indagación que se pretenda hacer en el universo de lo humano tiene que llevarse a cabo, según Weber, desde la perspectiva de un método propio para este contexto. Ese método socio-histórico que propone Weber tiene que tomar en cuenta la variable de la *motivación*; para encontrar el significado de los hechos sociales, el investigador debe empezar por preguntarse por los motivos que impulsan tal o cual acción, ya que el *significado* entre en la sociedad por la vía de las metas generadas en forma independiente por los actores individuales: en ciencias sociales, *acción significativa* es meramente el equivalente de acción *motivada*. Este es el esquema bajo el cual la ciencia social weberiana recupera la posibilidad de medir y predecir, lo cual constituye el objetivo central de toda empresa científica. Gracias a este principio, todo científico social positivista sabe que, a final de cuentas, sus explicaciones deben basarse en la identificación e interpretación de un grupo de actores, de sus valores y de sus metas.¹⁸

Ahora bien, los propios positivistas reconocen que esa identificación “objetiva” de actores, valores y metas se ve obstaculizada por el problema de la subjetividad del conocimiento, que se hace patente

¹⁶ Cfr. Anthony Giddens, *Positivism and Sociology in The Thought of Max Weber*, London, McMillan, 1972, p. 5. Citado por Ashley, p. 251.

¹⁷ Max Weber, “Roscher and Knies und das Irrationalitäts Problem”, in *Wissenschaftslehre* (Tubingen: JCB Mohr), pp. 127-37 traducido como “Subjektivism and determinism”, in Giddens *Positivism and Sociology*. Citado por Ashley, p. 251.

¹⁸ *Ibidem*, p. 252-253.

desde el momento mismo de la selección temática por investigar. Ante este problema Weber radicalizó la distinción entre el proceso de validación de los conceptos científicos y el proceso de la elección del objeto de estudio y la formulación de conceptos en la ciencia social. En este sentido, el verdadero objetivo de la labor científica sería evidentemente el primero, mientras que el segundo sólo sería un obstáculo del que hay que tomar conciencia para evitarlo, pues aunque la subjetividad del científico efectivamente orienta la dirección de su esfuerzo, la ciencia como *actividad* no juzga los valores que la motivan, sólo la efectividad de los medios que emplea. Esto significa que la ciencia como actividad sólo conserva su carácter objetivo excluyendo de su dominio cualquier pregunta que no pueda formularse o responderse dentro de la propia lógica objetiva de lo que Weber llamó la racionalidad técnica.

Resulta bastante claro que este modelo weberiano que nos propone la identificación de *actores, motivaciones y metas* es un modelo que se autolimita al negarse a sí mismo la posibilidad de indagar sobre el surgimiento y la evolución histórica de los actores y sólo pretender aconsejarles sobre la eficacia de los medios que emplean para el logro de sus metas. Tenemos aquí, en consecuencia, todo un esquema teórico disfrazado exclusivamente con sus métodos. El esquema tiene la ventaja de brindarnos la sensación de estar pisando terreno firme para hacer un análisis sustancial del sistema internacional toda vez que contamos con una perspectiva y con el instrumental verdaderamente "científico", en ausencia de lo cual nuestra percepción misma del objeto de estudio resultaría caótica. No obstante, en el momento mismo que lo cuestionamos, se nos hace sentir que ya estamos pisando fuera del territorio legítimo de la ciencia y pasando al terreno propio de la ética, lo cual significa que las quejas, efectivamente, "carecen de fundamento *científico*"... (¡callejón sin salida!)

A pesar de la incorporación de tantas variables para la formulación de su punto de vista en torno a la dinámica que mueve a las relaciones internacionales, los realistas renovados sólo han logrado resultados decepcionantes. Según nos explica Ashley, una buena parte del problema radica, como ya se había apuntado anteriormente, en el hecho de que, por debajo de la aparente solidez de sus preceptos, las neorrealistas han venido oscilando entre dos posturas

referentes al sistema internacional: la totalizadora y la atomista. La primera nos plantea la posibilidad de un todo estructurado que tiene una existencia autónoma, independiente de, anterior a y constituyente de sus elementos integrales. Desde un punto de vista rigurosamente estructuralista no podemos describir al todo empezando por las partes como si éstas fuesen entidades abstractas previamente definidas.

En contraste, la posición atomista describe al todo, precisamente en función de las fuerzas externas que vinculan a las partes, incluyendo a las propiedades mismas que surgen de la presencia misma de esas fuerzas y que, por lo menos potencialmente, limitan mayor movimiento o relaciones entre las partes. En esta concepción, el todo carece de una existencia independiente respecto de la suma de sus partes, aunque pueda distinguirse en lo particular con respecto a cada una de ellas.

La manipulación de este último aspecto permite que la estructura del todo neorrealistas se establezca precisamente a partir de la concepción de partes autónomas cuya aparente independencia nos proporciona el punto de partida para el análisis, el material básico sin el cual la estructura física de la totalidad no podría erigirse. Sin embargo, al mismo tiempo que llegan a esta concepción fisicalista del todo, empiezan a tratar de cubrirla con atributos propios del pensamiento estructuralista y entonces proclaman que el todo sí tiene una predominancia absoluta sobre las partes. Ashley denuncia a los neorrealista por presentarnos lo peor de los dos mundos, al combinar la superficialidad de su atomismo individualizador con el sistema cerrado de los estructuralistas, por lo que, siguiendo al neorrealismo como escuela de pensamiento quedamos condenados a deambular por el nivel aparential de la realidad que pretendemos entender. Al final de cuentas, nos dice Ashley, parafraseando a E. P. Thompson,¹⁹ el estructuralismo neorrealista se presta de manera muy apta para convertirse en una apología del *status quo*, en un pretexto para la dominación, a la vez que un antídoto contra los herejes utópicos o los desadaptados que se atreven a cuestionar el orden establecido.

¹⁹ Ep Thompson *The Poverty of Theory and Other Essays*, New York Monthly Review Press, 1978. Citado por Ashley, p. 257.

III

Ashley añade magistralmente que las deficiencias de los neorrealistas no sólo están en lo que nos dicen. Hay que considerar, por lo menos con igual detenimiento, lo que callan. Desde este punto de vista, nuestro autor señala que en el esquema pretendidamente teórico del neorrealismo hay cuatro ausencias notables, denominadas las cuatro *pes*: se trata de los conceptos de *proceso*, *práctica*, *poder* y *política*, que no están debidamente incorporados en su discurso.

Dado su carácter estático basado en categorías teóricas fijas, el neorrealismo niega a la historia como *proceso*, es decir, como una secuencia de eventos concatenados causalmente, pues confina toda forma de movimiento a un sistema cerrado cuyos límites quedan definidos por una estructura preestablecida (la de la colectividad de Estados-nación) que condiciona tanto la existencia de los hombres como las formas específicas de organización socio-política que éstos adoptan. Adicionalmente y del mismo modo que las corrientes historicistas, el neorrealismo ignora el significado histórico de la práctica, es decir, la forma en que los hombre y mujeres participan con mayor o menor grado de conciencia en la creación de su mundo. Los neorrealistas parecen reducir a la gente a una especie de *homo-economicus* idealizado y limitado por la lógica racional de un sistema que impide el análisis crítico.

Ashley fustiga acertadamente a los realistas remozados debido a que ninguna de sus categorías de análisis deja margen para manejar la idea de que los hombres y las mujeres que son objeto de la teoría puedan a su vez teorizar sobre sus propias vidas, es decir, para contemplarse *así mismos* como objeto de estudio. Evidentemente, el neorrealismo tampoco tiene lugar para la noción del teorizar sobre nosotros mismos como un proceso de lucha continua por moldear y redefinir nuestra comprensión y entendimiento sobre nuestra propia interacción socio-económica, así como la interacción de las instituciones resultantes de nuestros procesos de negociación colectiva e incluso como proceso sobre las categorías mismas con las que definimos la propia existencia social.

Es precisamente debido a lo anterior que el neorrealismo está virtualmente incapacitado para comprender que nuestra acción social efectivamente se define y se orienta en la dirección que le

marca nuestro entendimiento, el cual invariable e inevitablemente se nutre de la influencia y la percepción de su propio entorno. Es gracias a este impulso del entendimiento, forjado en la práctica que se da forma y movimiento a los procesos abiertos que permiten el surgimiento, la reproducción y transformación de las condiciones materiales de existencia que de este modo se convierten en nuevo estímulo para el entendimiento.

Por otro lado, y a pesar de su énfasis en la “política del poder”, los neorrealistas han distorsionado las bases y los límites sociales del concepto de *poder*, ya que sólo lo manejan como si fuese una cierta capacidad inherente a determinados actores y no como el resultado de un modo específico de interacción en el seno de un sistema abierto. De este modo, los neorrealistas han reducido de hecho el alcance y autonomía de la esfera *política* al limitarla al marco de una explicación economicista de carácter pseudoestructural. En función de ello, se han aliado con esos segmentos de la sociedad que se benefician de la hegemonía de la lógica económica con el apoyo del Estado. Para ellos, la política constituye básicamente una técnica cuyo objetivo más importante es el de la imposición de una voluntad sobre otra.

En suma, estas observaciones sobre las cuatro *pes*, sugieren que el estructuralismo neorrealista puede ser cualquier cosa, menos una visión que amplíe y profundice el análisis político internacional como pretende hacernos creer. Lejos de penetrar la superficie de las apariencias, por medio de sus categorías fijas, congela el *status quo*, reduciendo a la historia, y a toda otra forma de evolución social, a una mera forma de expresión de los intereses miopes y egoístas de los Estados-actores.

IV

También puede observarse que el neorrealismo emplea la única forma de estructuralismo que es coherente con su visión utilitarista y positivista de la sociedad internacional. Anclado en su idea de la acción individual y racional, bajo restricciones de tipo supuestamente natural, el neorrealismo estructuralista se ve seriamente desafiado por cualquier forma de estructuralismo que verdaderamente cuestiona

la dualidad de las categorías de sujeto y objeto que ponen de manifiesto la profunda constitución intersubjetiva de las estructuras objetivas que integran al sistema internacional. El neorrealismo ha evitado este reto al restringir su concepción de estructura a la forma fisicalista de un reloj: a esa añeja filosofía *mecanicista* tan apreciada por la intelectualidad de la época de la Revolución Industrial.

Ashley también nos explica que, a pesar de ese notable “cúmulo de errores” sobre el que se ha edificado el neorrealismo, ha logrado ejercer, por lo menos temporalmente, una rara fascinación como modelo teórico que efectivamente llegó a cautivar la atención de varios estudiosos, pero esto se explica fácilmente en cuanto analizamos la dinámica del modelo neorrealista:

El alcance del positivismo cubre los errores del estatismo, dentro de la concepción del estado-actor de la sociedad internacional, por otra parte, este enfoque reduce la riqueza del análisis sistémico al estructuralismo fisicalista, que a su vez nos empuja hacia el mundo utilitarista de la razón tecnológica que define los términos de necesidad por los que ocurren las cosas, lo cual nos conduce de vuelta al positivismo.²⁰

Gracias a la magia de este brillante movimiento circular, el neorrealismo ha podido conformar con éxito a sus críticos, ya que cambia constantemente su enfoque. ¿Ha tratado usted de atinar a un blanco móvil?

Pero más que como una ingeniosa construcción teórica que se retroalimenta a sí misma y se disfraza del tono que mejor conviene a sus intereses coyunturales, el neorrealismo, como cualquier otro esfuerzo de construcción teórica, tendría que ser analizado a la luz de las circunstancias específicas que lo generaron, es decir, en el contexto histórico del cual surge. Desde este punto de vista, no debemos olvidar que, hacia fines de los años setenta y principios de los ochenta, el neorrealismo se presentó como la respuesta del economicismo estatista contemporáneo ante la crisis que confrontaron, exitosamente por lo demás, los Estados Unidos, como guardianes del proceso mundial de acumulación capitalista.

²⁰ Richard Ashley, *op. cit.*, p. 262.

Antes de concluir con su devastador ataque en contra de los neorrealistas, Ashley nos ofrece una revaloración del realismo en su concepción original. Según él, en su método, el realismo clásico no es la tradición intelectualista o tecnocrática que los neorrealistas nos han querido presentar. De hecho, nos asegura, el realismo clásico está inspirado en un interés *práctico* por el conocimiento. Su enfoque es esencialmente histórico, aun y cuando esté basado (quizá ahí una de sus grandes fallas), en la "historia oficial" de la comunidad.

Según nuestro autor, el realismo clásico estableció, por voluntad propia, un compromiso perdurable, que los verdaderos realistas han tratado de mantener, con un sistema interpretativo simple capaz de servir como guía de acción práctica y basado sobre una estructura cognoscitiva que orienta el discurso sobre los elementos más evidentes de la praxis humano-social, lo cual a su vez pretende orientar a toda la práctica política. Tal es el esquema del "equilibrio del poder". Es, ante todo, un sistema pragmático que pretende reconocer la naturaleza subjetiva de las fuerzas objetivas que operan en la historia de los hombres, buscando identificar y distinguir tanto lo necesario como lo contingente en las relaciones humanas y que sólo se percibe a través de la coherencia objetiva de las acciones que éstas generan en la unidad de lo que, de otra manera, constituiría una práctica aparentemente caótica que, aunque se resista a ser capturada en una categoría "congelada", constituye el "código genético" de la vida política.

De hecho, nos dice Ashley, es la asimilación adecuada de este esquema y su aplicación exitosa lo que hace posible la práctica política competente. Es el elemento indispensable del *saber hacer* de la política internacional.

Más aún, el realismo clásico tiene claramente establecido un compromiso moral que, sobre la base de los principios de la ética cristiana, sobre la cual se yergue la civilización occidental contemporánea, juzga en su conjunto a la actividad política como una realización humana de donde se desprenden responsabilidades para todos los involucrados.

En el contexto de esa tradición, la actividad de los hombres de Estado no es, como pretenden los objetivistas, la mera "ejecución de una regla", o un desempeño determinado por necesidades objetivas

externas; tampoco es una obediencia mecánica ante un modelo atemporal para el que todos los procesos son reversibles. Mucho más que eso, la actividad del estadista se refiere a la *práctica* derivada del esquema que la genera y que va desde lo más torpe y no-intencional hasta lo artísticamente hábil y creativo, y siempre encaminado hacia la reproducción (siempre conflictiva) del propio Estado.

Sin embargo, como dice Ashley, la conceptualización de este esquema siempre ha sido difícil porque todo intento simplificador de "etiquetación" es problemático, ya que invita al surgimiento de un cierto fetichismo entre los intérpretes excesivamente literales y, en consecuencia, a una reducción acrítica y ahistórica del esquema.

Consciente de los riesgos que implica todo intento por definir teóricamente aquello cuyo verdadero significado sólo puede hallarse en la práctica, Ashley sugiere que este esquema de "equilibrio del poder" podría ser considerado como una "unidad dialéctica de totalidades pluralísticas" que se caracteriza por una confrontación entre dos actitudes opuestas entre sí: la particularización de lo universal y la universalización de lo particular.

Desde este punto de vista resulta fundamental reconocer que cualquier intento de explicación que pretenda fincar en uno solo de estos polos antagónicos, se enfrentará al problema de tener que reconciliar tendencias que en la práctica son irreconciliables porque necesariamente implicarían la subordinación de un tipo de interés ante otros. Si, por ejemplo pretendemos favorecer la particularización de lo universal como tendencia explicativa, entonces nos encontraremos elaborando explicaciones sobre los fenómenos que observamos en la realidad en términos de su condicionamiento por alguna verdad universal, o por la necesidad *objetiva* de una ley, de un código moral o de un orden político establecido. Al hacerlo, otorgamos prioridad jerárquica, dentro del esquema explicativo, a ese sector de la sociedad que sustenta o proclama esos valores "universales" o esas reglas "objetivas".

Del otro modo, es decir, al pretender la universalización de lo particular recorreremos una dirección opuesta, que de hecho persigue el mismo fin. Es decir, que de alguna experiencia individual pretendemos, por medio de generalizaciones, extraer las leyes objetivas o las verdades universales que, al privilegiar alguna de las variables del fenómeno observado, justifican la experiencia singular.

Según Ashley, el esquema del "equilibrio del poder", en su versión original, implica un reconocimiento de estas tendencias opuestas, lo cual nos previene contra cualquier pretensión de unificación universal artificial. Del mismo modo, este esquema nos alerta contra cualquier pretensión respecto a "la verdad" universal de una experiencia particular.

El esquema dirige nuestra atención hacia un universo de perspectivas opuestas entre sí. En breve, legitima una perspectiva pluralista en torno a todas las formas de interrelación cognoscibles. En este sentido, no resulta excesivo afirmar que, más que una relación lógica derivada de una estructura apriorística de estados en anarquía, el esquema del "equilibrio del poder" es, de hecho, el principio constitutivo de un sistema diversificado de Estados. La praxis generada en este contexto es la que produce y transforma al llamado orden internacional contemporáneo.

No son, pues, las estructuras "profundas" de la política las que determinan la fisonomía del Estado, sino la actividad política de los hombres (particularmente la de los estadistas), tendiente siempre a preservar el equilibrio social de toda una gama de intereses convergentes. Más aún, desde esta perspectiva, los conceptos políticos clave (poder, interés nacional, Estado soberano, sistema de Estados, etcétera) adquieren una dimensión práctica ineludible. No son ya estructuras rígidas y acabadas pertenecientes a un sistema cerrado, sino categorías que reflejan el propio juego político de los involucrados, y como el equilibrio es una condición permanentemente amenazada, entonces exige siempre y en todo lugar de una habilidad estratégica de una naturaleza que bien podría llamarse artística.

Más aún, Ashley sostiene que una de las áreas en las que la superioridad teórico-práctica del realismo clásico sobre el neorealismo se hace más evidente es en la del manejo conceptual del fenómeno del poder. Los clásicos, basándose implícitamente en este esquema de equilibrio *reconocen la ambigüedad necesaria de la realidad política* y en función de ella establecen un reconocimiento dialéctico del poder como un aspecto necesario e irreductible de todas las relaciones sociales. Esto resulta más claro si logramos captar la unidad interpretativa tras del uso doble que los realistas clásicos dan al término del "poder":

a) Con una connotación verbal; capacidad para ejercer influencia (tener poder), y

b) Con una connotación substantivada; es decir, como una entidad participante en el esquema, competente y reconocida por los demás (ser una potencia).

Tanto para ser reconocido como una potencia como para volverse una potencia dominante o simplemente para “permanecer en el juego”, el estadista, a través de su actividad política tiene que maniobrar hábilmente con todas las fuerzas y factores que intervienen en el logro del equilibrio. Mientras menos habilidad muestran, mayores riesgos generan, incluso hasta el de aniquilar a la entidad que representan.

Sin embargo, a pesar de su notoria superioridad como esquema explicativo (en relación con el neorrealismo), el realismo clásico también presenta limitaciones que impedirían considerarlo como alternativa *científica* ante el discurso neorrealista. Debido a su compromiso de “dar prioridad a la práctica por encima de la teoría”, el realismo clásico se vuelve vulnerable al cargo de circularidad que los propios neorrealistas le han formulado. Queda atrapado en esa circularidad hermenéutica de la tradición de la práctica que intenta interpretar. En el desarrollo de su teoría, al tiempo que “echa un vistazo por encima del hombro” del estadista a la hora que éste despacha sus asuntos, el realismo clásico no puede avanzar teóricamente más allá de donde los propios estadistas competentes, en el curso de su práctica, logran teorizar respecto de sí mismos y de su coyuntura. En otras palabras, el estadista puede tener una gran habilidad para saber *qué hacer* en determinadas circunstancias aunque no necesariamente entienda el *por qué* lo sabe.

En virtud de esta tendencia de predominio subjetivo, a pesar de reconocer “teóricamente” la objetividad de las fuerzas que operan a nivel social, el realismo clásico, al igual que el neorrealismo, fracasa como alternativa metodológica (a pesar del éxito que pueda tener como guía de acción). Fracasa como teoría de la política mundial porque:

a) Está demasiado inmerso en la tradición que interpreta y carece de parámetros teóricos independientes para juzgar las limitaciones de esta tradición.

b) Honra el silencio de la tradición que interpreta y carece de categorías para especificar las condiciones históricas que la hacen posible.

c) No logra captar los desarrollos históricos específicos que amenazan a esas condiciones no habladas sobre las que descansa históricamente el dominio de esa tradición, y finalmente

d) Al negarse a reconocer sus propias limitaciones, también se rehusa a escuchar y aprender de otras teorías contendientes.

De este modo, aunque posee visiones más ricas sobre el quehacer político, el realismo clásico no logra ningún resultado mejor que el neorrealismo como *teoría científica* de la realidad internacional. Sin embargo, afirmar que el realismo clásico no merece ser considerado como una teoría científica, de ninguna manera significa que deba ser borrado del discurso teórico sobre relaciones internacionales. Al contrario, su *significado práctico* tendría que ser incorporado a cualquier teoría razonablemente completa sobre política internacional. Tendría que ser conceptualizado como el aparato ideológico de toda una comunidad de profesionistas; la comunidad de estadistas que administran la faceta pública reconocida de la vida internacional, que puede recordar e interpretar su pasado, aprender de sus experiencias y teorizar, aunque de manera un tanto limitada sobre sí misma y sobre su desempeño y que, en cierto grado puede transformar sus prácticas y sus instituciones a la luz de sus recuerdos y de sus teorías.

V

Todo este cúmulo de consideraciones finalmente conduce a Ashley a sugerir que, para una cabal comprensión de nuestro universo de estudio (las relaciones internacionales), habría que formular *un modelo de competencia dialéctica* cuyas características principales tendrían que incluir lo siguiente:

1. Capacidad para explicar el surgimiento, reproducción y posible transformación de un aparato público político de dominación mundial con una tradición o régimen anclado en el esquema del

equilibrio del poder y constitutivo del actual sistema de Estados. No se debe perder de vista que este régimen no debe de ser construido para organizar y regular las conductas entre los Estados como actores. Más que eso, el régimen *produce y propicia* a los Estados soberanos, los cuales, en función de esa soberanía, conforman al régimen.

2. Adicionalmente, el modelo tendría que ubicar al régimen de equilibrio del poder en términos de las condiciones que lo hacen posible; es decir, las condiciones sociales, económicas y coyunturales de las que depende su eficiencia práctica, y no meramente darlas por hecho.

3. También tendría que explicar la orientación del régimen de equilibrio de poder y la coordinación de las prácticas políticas que al lograr su equilibrio, y como consecuencia no intencional, tienden a establecer compromisos con los recursos y el desarrollo de su legitimación ideológica, de forma que garantice las mismas condiciones que hacen posible al régimen.

4. Por otra parte, el modelo tendría que explorar el potencial de aprendizaje del régimen de equilibrio del poder, es decir, su capacidad de asimilación de las lecciones derivadas de su interacción con su entorno para adaptarse a nuevas circunstancias.

5. Tendría además que ofrecer una explicación sobre los momentos de crisis, especificando las tendencias que amenazan con minar o transformar las condiciones que hacen posible al régimen.

6. Finalmente, ese modelo tendría que evitar presentarnos a la hegemonía global moderna como un fenómeno aislado y singular en la historia de la humanidad. Tampoco la confundiría con la suma mecánica de la totalidad de la política mundial. Tendría que verla como el orden predominante entre una multiplicidad de órdenes opuestos.

Según Ashley, bajo estas consideraciones, el modelo rescataría la verdadera riqueza del realismo clásico y desenmascararía al neorealismo como una mera jugada ideológica que pretende la economización mecánica de la política, lo cual sólo vendría a significar un empobrecimiento de la imaginación política y una reducción de las relaciones internacionales a un campo de batalla en el que se enfrentan ciegamente diferentes "razones técnicas" al servicio de fines no cuestionados.

VI

Después de este devastador ataque, R. Gilpin no sabe a ciencia cierta qué fue lo que lo golpeó. Desconcertado confiesa: “Me siento indefenso ante mi acusador porque no estoy plenamente seguro de cuál es el crimen real que yo y los otros acusados hemos cometido”. En su intento de respuesta apologética, Gilpin acusa a Ashley de haber agrupado superficialmente y bajo un sólo rubro a un número tan variado de autores, que sus diferencias como teóricos internacionales son probablemente más fáciles de identificar que sus puntos en común. Más aún, añade Gilpin, Ashley ni siquiera nos presenta una definición clara de lo que debemos entender por “realismo” o por “neorealismo” y, por otro lado, “su prosa constituye un claro ejemplo de esa jerga innecesaria, ese abuso del lenguaje que da a los científicos sociales una mala reputación”.²¹

Para centrar el debate, Gilpin propone una definición del realismo político que, recordando a Richard Rosencrance, nos habla básicamente de “una actitud con respecto a la condición humana. A diferencia de su polo opuesto, el idealismo, el realismo se basa en el pesimismo respecto al progreso moral y las posibilidades éticas de la humanidad.”²² En consecuencia, según Gilpin, el estudio, no sólo la problemática internacional, sino de la realidad social en su conjunto, debería hacerse partiendo de la premisa fundamental de la inevitabilidad de la lucha despiadada e inmisericorde en torno al poder. Todo cuanto podamos percibir que se relacione con la realidad humano-social, sería, *en última instancia*, una manifestación de esa única constante del panorama humano, la lucha por el poder. Así pues, a lo largo de la historia, la tradición realista observa el devenir de nuevos escenarios en los que los diversos protagonistas se desempeñan bajo la influencia inescapable de “fuerzas perennes” que subyacen bajo toda estructura social, y que ya Tucídides habría sabido distinguir más de 400 años antes del advenimiento de nuestra era. Si, efectivamente no entendió o tan sólo se niega a hacerlo, lo cierto es que la estrategia defensiva de Gilpin, siguiendo la línea de pensamiento sobre la base de la cual pretende interpretar la realidad internacional, es asom-

²¹ Robert Gilpin, *op. cit.*, p. 289.

²² *Ibidem*, p. 290.

brosamente ingenua. Dado que él mismo confiesa no haber contestado muchos de los argumentos de Ashley debido a que no los entendió, y por lo menos en este sentido parece ser sincero, sólo se limita a tratar de responder lo que cree haber entendido. En este sentido nos dice:

1. Contrario a las acusaciones de Ashley, los auténticos realistas, desde la época de Tucídides, siempre han tratado de dar un *status* científico (objetivista) a sus observaciones prácticas. Claro está que los neorrealistas tienen una mayor conciencia de este esfuerzo, —después de todo, de algo tenían que servir 25 siglos de tradición histórica; lo cual, según Gilpin, no invalida en los más mínimo la percepción pragmática de la realidad que Ashley acusa a los neorrealistas de no tener. Gilpin dice que ellos sí tienen esa percepción y que el único problema es que Ashley no lo ha sabido apreciar.

2. El papel del factor económico en la realidad internacional es otro aspecto, dice Gilpin, en el que Ashley se ha equivocado por completo respecto a los neorrealistas. No sólo es históricamente demostrable que el factor económico está incluido desde siempre en la literatura realista, sino que además, en la actualidad, ninguna otra corriente de pensamiento explica la situación de la economía mundial tan cabalmente como el neorrealismo. Todo ello, añade Gilpin, en el marco conceptual de la lucha por el poder como motor de la historia.

3. En su concepción del Estado como unidad de análisis, los neorrealistas están conscientes, según Gilpin, de que se está manejando una ficción, una abstracción que no puede palpase como entidad concreta de la realidad, pero que puede suponerse y constatarse a través del ejercicio de sus acciones. Sin embargo, se le considera *como si fuese algo real* por cuestión de conveniencia; como si fuese algo que en verdad existiese porque las acciones de los individuos como colectividad tienen repercusiones observables que de hecho van configurando al sistema internacional y que de otra manera sería muy difícil explicar.

Gilpin minimiza de esta manera el contundente ataque de Ashley y sólo promete tratar de ser “más cuidadoso para no olvidar el peligro que puede representar considerar al Estado en sí mismo

como un actor con intereses distintos a los de sus miembros constituyentes”²³

Al tratar la cuestión del determinismo histórico como fuerza social frente a las posibilidades del “libre albedrío” y el subjetivismo contra el subjetivismo como posturas analíticas, Gilpin sostiene que también en estos puntos Ashley ha leído mal a los neorrealistas y es su propia confusión la que lo ha llevado a formular críticas tan radicales. No se trata de definir, dice Gilpin, si es que los neorrealistas están de uno o del otro lado del debate, sino de analizar la forma en que *ambas* posturas influyen en el devenir de la historia.

No es difícil coincidir con Gilpin en esta última apreciación. Aunque lo que él no nos dice es que, en lugar de establecer una relación dialéctica, es decir de *influencia mutua*, entre estas posturas, los neorrealistas han oscilado convenientemente entre una y otra según la que coyunturalmente responda mejor a sus intereses.

Para terminar, Gilpin traslada el centro del debate del plano científico en el que inicialmente se origina, al único donde la postura realista resulta defendible: el de la ética. Vale la pena recordar que la impugnación global formulada por Ashley contra los neorrealistas es en torno a su construcción teórica como marco conceptual para el análisis de la realidad. Es precisamente en este sentido que hemos llamado avasallador al ataque de Ashley, pues demuestra fehacientemente las insuficiencias de esta corriente para comprender la realidad. Y no es que niegue la presencia del factor “poder” o “lucha por el poder” en las relaciones entre los Estados; es simplemente que lo reubica como una más de las variables para análisis. En tanto que toda la tradición realista insiste en que la lucha por el poder es el elemento clave para el análisis y la comprensión de todos los procesos humano-sociales, Ashley nos sugiere lo que ya muchos otros críticos del realismo habían dicho: que ésa es una visión simplista de las cosas que se queda meramente en el nivel aparental sin escudriñar a fondo las causas que hacen propicio el ambiente para una “lucha de poder”, y que no necesariamente están indisolublemente vinculadas a la “naturaleza humana”.

Ante este señalamiento Gilpin no parece tener otra opción que la

²³ *Ibidem*, p. 301.

de tratar de ocultar sus deficiencias desplazándose al terreno de la moral: “lo que Morgenthau y muchos otros realistas tienen en común”, nos dice: “es la convicción de que tanto la conducta étnica como la política, fracasarán si no se toma en cuenta la *práctica real* de los Estados y las lecciones de una teoría sólida”.²⁴ Gilpin, pues, nos asegura que la condición moral del hombre prácticamente no ha variado desde la época de las cavernas y, en consecuencia, lo más a lo que se puede aspirar como estudioso de la problemática humano-social (puesto que ya se sabe cuál es la fuerza básica que mueve a la dinámica de nuestro objeto de estudio) es indicar: *lo que se debe y lo que no se debe hacer en política internacional*, puesto que cada uno de nuestros actos acarreará sus propias consecuencias.

No deja de resultar de alguna manera sospechoso que Gilpin concluya su defensa postulando que: “a pesar de algunos excesos como las guerras del opio y la de Vietnam”, él sigue considerando que las épocas del predominio británico y norteamericano en el escenario internacional han sido las mejores.²⁵ Aunque no sea éste el espacio adecuado para juzgar sus preferencias morales (que muy probablemente concuerdan con las de los demás neorrealistas), sí es preciso señalar que ese tipo de preferencias no resultan aceptables como premisas científicas.

A manera de conclusión podemos decir que, efectivamente, Richard Ashley no ha planteado una polémica que está mucho más allá de una mera crítica superficial a los postulados básicos de los neorrealistas. Los planteamientos formulados por Ashley son, sin lugar a dudas, contundentes y despojan al neorrealismo de toda pretensión de científicidad.

Es claro que como propuesta conceptual, el neorrealismo tiene serias limitaciones epistemológicas que no le permiten rebasar la frontera que separa a la mera opinión del verdadero conocimiento, pues su instrumental analítico se detiene en el nivel de las apariencias, donde sólo ha servido como cimiento para la justificación ideológica del *status* de dominación. Obviamente que en la simplicidad de su razonamiento se ha encontrado no sólo con su recurso más práctico,

²⁴ *Ibidem*, p. 303.

²⁵ *Ibidem*, p. 304.

sino también con su más notable atractivo, lo cual nos hace pensar que las posibilidades de resurgimiento futuro de los realismos remozados no son del todo remotas.

Adicionalmente, el texto de Ashley apunta también en otra dirección que vale la pena destacar porque pone de manifiesto dos aspectos básicos relacionados con la problemática de la elaboración teórica en relaciones internacionales:

1. Como señala F. Kratochwil, “ni siquiera el lector favorablemente dispuesto hacia Ashley puede evitar sentir el peso agobiante de un lenguaje denso y muchas veces obscuro”,²⁶ lo cual se convierte en un indicador muy preciso de uno de los problemas más graves a los que se enfrenta el estudioso en el ámbito de todas las cuestiones teóricas: la claridad conceptual. Es cierto que estamos ante una temática que no puede tratarse de manera simplista, pero sobre todo cuando se tiene la responsabilidad de impartir una materia de esta naturaleza en el salón de clase, valdría la pena revisar nuestro propio léxico y nuestro método de transmisión o de comunicación con el alumnado que pocas veces va con buena disposición hacia este tipo de materias.

2. Conviene también tener presente que esta claridad conceptual de la que hablamos sólo puede darse como fruto de un proceso ordenado de construcción lógica, lo cual nos recuerda algo que muchos internacionalistas teóricos parecen no tomar en cuenta: que el proceso de construcción teórica es una tarea esencialmente filosófica que no debe limitarse a la mera justificación de la realidad que estudia.

²⁶ Fiederich Kratochwil, “Errors Have Their Advantage”, *International Organization*, núm. 38, 2 Spring, 1984, p. 307.